

3

SÁBADO, 4 DE AGOSTO DE 2018

Emily esperó hasta que Kyle se hubiera retirado de la librería, después inhaló una honda bocanada de aire e intentó retornar a la realidad. Una vez más comprobó que ya no quedaban lectores para que les firmara un ejemplar del libro de relatos, de hecho, los otros autores ya estaban recogiendo sus pertenencias para irse. Se sintió aliviada de saber que toda esa discusión había pasado desapercibida.

Sin embargo, la colega que aún permanecía sentada a su lado, y que había sido testigo del intercambio de palabras que ella había mantenido con Kyle, la miró apenada. Emily le sonrió en respuesta, sin poder evitar que su gesto luciera un dejo de melancolía. Suspiró y, mientras guardaba el bolígrafo en la cartera y acomodaba el resto de sus cosas, a su mente, sin remedio, se le

dio por mirar hacia atrás. Una y otra vez volvió a su adolescencia, a sus sueños juveniles, a su gran amor...

Había escrito el relato en respuesta a una necesidad de inmortalizar aquella etapa de su vida y su exigua pero trascendental relación romántica con Kyle. Lo había querido de manera sincera, con el corazón y con la inocencia de sus bellos años adolescentes. Lo había querido con el alma. Después, el paso del tiempo le había permitido enaltecer el recuerdo, limando las aristas dolorosas, borrando la decepción y, en su lugar, abriantando los momentos felices. Y así había logrado que el recuerdo de ese romance fuera perfecto. Esa era su teoría y la había sostenido ante Kyle.

No obstante, a lo largo de esos años, ¿cuántas veces había imaginado un reencuentro? Tantas, que había perdido la cuenta. Aunque lo cierto era que rara vez creyó que de verdad volvería a verlo. Entonces, cuando lo tuvo enfrente, ya no en su imaginario, tuvo miedo de perder la perfección que en su mente había creado para ellos. Porque la realidad era otra cosa, no estaba solo compuesta por fantasía e ilusión como las novelas románticas que ella escribía. En la vida real, con los sueños y las risas convivían el dolor y la traición, los corazones rotos, las almas hechas jirones...

Su intención había sido preservar ese recuerdo hermoso que tenía de Kyle y ella juntos, pero ahora lo había perdido, una vez más, y ya nada podría hacer que en sus recuerdos la relación fuera perfecta. La realidad, cruel y con la memoria viva, había penetrado en la fantasía... *¿O es que he perdido, tal vez la única oportunidad, de que la fantasía se vuelva realidad?*, pensó, y suspiró ante lo que parecía la peor paradoja del destino.

–Creo que has cometido una tontería –apostilló su colega sin que ella le pidiera opinión pero casi respondiendo a sus pensamientos.

Emily la miró durante un momento mientras las palabras se repetían con efecto de eco en su cabeza, también su pasado y su

presente, donde hacía tiempo había decidido que no había lugar para el romance.

–No. He hecho lo correcto –aseguró.

¿*Realmente lo crees?*, le preguntó una molesta vocecita en su cabeza que ella se apresuró a acallar.

Unos veinte minutos después, Emily recogió sus cosas, saludó a los editores, colegas y librereros, y salió a la calle. Había dado dos pasos cuando un pequeño de unos siete u ocho años se interpuso en su camino.

–Tome –le dijo el niño, y extendió hacia ella un ramito de flores.

–Fresias... –susurró Milly con la voz ahogada y el corazón movilizado por los recuerdos. De pronto experimentaba lo mismo que Kyle había sentido al leer su escrito-. ¿Y esto? –preguntó cuando vio la tarjeta que asomaba entre las flores coloridas y perfumadas. No esperó la respuesta; en cambio, leyó:

El regalo que me has hecho es hermoso, pero no te quiero en mi mente. No te quiero como un recuerdo. Te quiero en mi realidad: tangible, palpable. Te quiero en mi vida, a mi lado.

Es cierto, tal vez esto no funcione; pero no puedo resignarme a que ni siquiera lo intentemos. Te pido perdón una vez más, porque dieciséis años atrás no fui capaz de proteger lo que teníamos. Pero te juro que si me das una nueva oportunidad, con mi vida defenderé lo nuestro. Fuiste mi felicidad, mi primavera... mi gran amor. Vuelve a serlo, Milly. Vuelve a mi vida.

Emily alzó la mirada hacia el niño, pero él ya no estaba allí. En cambio, entre las lágrimas que obstruían su visión, alcanzó a ver que una figura alta y masculina se acercaba.

–Kyle...

–No pude irme sin ti –susurró él con voz enronquecida-. No pude resignarme a perderte una vez más.

Emily sonrió con esa sonrisa que Kyle adoraba y su entorno pareció inundarse de color. Era como si una luz incandescente y mágica la rodeara. Era felicidad, la felicidad pura, supo Kyle con el corazón oprimido a causa de la emoción y de la alegría que sentía.

–Me alegra que no lo hicieras –respondió. Kyle avanzó un paso; ella lo detuvo con un gesto y continuó–: Sin embargo, no puedo ofrecerte lo que me pides.

–Esta vez haré las cosas bien, te lo prometo –aseguró él.

–No es tan sencillo. Lo cierto es que en este momento de mi vida no busco una relación de pareja. No tengo tiempo para pensar en el amor.

–El amor no se piensa, Milly, se siente.

–Cómo sea. En mi vida no hay tiempo ni lugar para esas cosas.

Kyle, que sentía que había avanzado un paso en cuanto a Emily, no podía permitirse retroceder. Aunque ella se resistiera a una relación, se había emocionado con las flores y le había hecho saber que se alegraba de que él no se hubiera ido. Ese no era un detalle menor que él pudiera darse el lujo de ignorar; decidió actuar con premura.

–Ven, Milly, deja que te invite un café, así podremos hablar tranquilos –le pidió en tanto extendía hacia ella la mano derecha con la palma hacia arriba.

–Siempre has sido muy perseverante, y veo que no has perdido esa virtud –acotó ella con una sonrisa y aceptando la invitación con un asentimiento de cabeza.

–Sería muy tonto si no lo fuera justo contigo.

Al ingresar al café y pastelería Polly's, vieron algunas mesas vacías frente al refrigerador mostrador, sin embargo, por tácito acuerdo las pasaron de largo y siguieron hacia el fondo de la tienda. Con las paredes pintadas de colores claros y decoradas con cuadros de diferentes temáticas, algunos en relieve, y lámparas de luz tenue, el ambiente se tornaba acogedor en toda su extensión.

Finalmente eligieron una mesa que quedaba retirada hacia la derecha. Allí, las paredes que los rodeaban por tres de sus lados, se completaban con un espejo y cuatro cuadros que representaban jarrones. Ese sector de la cafetería estaba delimitado por un pasamanos de madera y, al quedar alejado del ingreso, donde no había tanto movimiento de ir y venir de gente, resultaba tranquilo y bastante íntimo.

Una camarera les tomó la orden: té Earl Grey para Emily, English Breakfast para Kyle. Poco después, ya con el pedido servido, no hubo más excusas para dilatar la charla. Fue él quien rompió el silencio, y lo hizo de manera contundente.

–Hace dieciséis años las cosas entre nosotros no terminaron de la mejor manera.

–Terminaron como tenían que terminar de acuerdo a las decisiones que tomó cada uno –Emily acentuó sus palabras al arquear una ceja. Con su mirada inquisitiva y con su voz, había dado a entender más cosas de las que habían sido expuestas de manera explícita.

–Insisto en que la forma no fue justa para nuestra relación.

Milly inhaló en profundidad para no replicar con un exabrupto.

–¿Y cuál crees que hubiese sido una forma más acorde? ¿De verdad piensas que había mayores opciones?

–Sí, Milly, pero eso solo pude verlo a la distancia, cuando maduré frente a la vida. En ese entonces era un adolescente insensato que no supo valorar lo que tenía, y te juro que lo pagué con creces. Yo te quería de verdad. A tus preguntas, esas que conocí a través del relato que escribiste: ¡Sí! Sentía lo mismo que tú y desde hacía bastante tiempo. Me gustabas. ¿Qué digo? ¡Me encantabas! Cada vez que entrabas a algún lugar, para mí ese sitio se llenaba de colores, de magia.

–Sin embargo no dudaste en traicionarme –lo interrumpió ella, pues no le hacía bien escuchar semejante declaración. De pronto,

esas palabras hacían que el engaño fuera aún más doloroso. Al sentirse herida, su respuesta tampoco tuvo filtro. La razón había sido amordazada por el dolor—: ¡Pero claro, si tú mismo dices que el amor no se piensa, se siente! Ya veo que esa noche en Brighton tampoco pensaste —le reprochó con tono irónico.

—No, no pensé, en eso debo darte la razón. Pero aquello nada tuvo que ver con el amor, eso te lo juro. Fui un irresponsable, un estúpido, y lo acepto. Y te pediría perdón de rodillas si supiera que con ello lograría borrar el dolor que vi en tus ojos aquella vez, y el enojo que en ellos veo ahora.

—No te pediré que te pongas de rodillas, por supuesto, pero tampoco esperes que olvide el pasado y sus consecuencias. Aunque te escudas detrás de la edad para justificarte, recuerda que yo también era adolescente y en ningún momento se cruzó por mi cabeza engañarte ni sucumbí a la tentación. Tú, sí —le recriminó, y Kyle tuvo que aceptar que lo que ella decía era verdad.

Dieciséis años atrás, después de ese paseo por Holland Park y de su beso en el mercadillo de Portobello, Kyle y Emily habían iniciado un noviazgo. La complicidad y camaradería desarrolladas entre ellos gracias a toda una vida compartida en la escuela desde el kínder, no hizo más que acrecentarse. Amigos desde que tenían uso de razón, el cariño que se profesaban pronto se transformó en un sentimiento más profundo y romántico. Idílico.

Desde entonces, y por los próximos dos meses, se vieron cada día mientras su relación se afianzaba. Cualquier cosa se convertía en una excusa para encontrarse: nuevos trabajos escolares, el estreno en el cine de alguna película que justo querían ver, el concierto de la banda o solista que les gustaba, algún mensaje para sus padres. Y cuando no había excusas, ellos las inventaban. Y así devinieron las largas charlas que tanto habían disfrutado compartir, y con ellas los besos y las caricias furtivas... También llegó un día el mayor acto

de amor, confianza e intimidad que habían compartido en sus vidas, donde se amaron con el cuerpo, pues con el corazón ya lo hacían.

Los dos creían que la vida no era más que ilusiones y sueños. Vivían presos en una burbuja de perfección, de idílico romanticismo, hasta que ocurrió el desastre...

Había llegado mayo y con ese mes, las vacaciones del tercer trimestre. Kyle viajó a Brighton con su familia. En esa ciudad del sur de Inglaterra tenía muchos amigos dado que iba todos los veranos y en ciertos períodos vacacionales; también vivían sus primos. Fueron ellos quienes lo llevaron a aquella fiesta en la playa.

Esa noche solo había imperado la irresponsabilidad: varios tragos de más, música, el estado de euforia que llevó al grupo mixto a desafiarse con internarse en el gélido mar, y después las risas junto a la fogata encendida en la playa para paliar el frío. Al ver que Kyle tiritaba, se le acercó una joven hermosa varios años mayor que él, y con la sensual promesa de hacerlo entrar en calor, lo alejó del grupo... La excitación arrasó con su cordura, ya bastante nublada por efectos del alcohol y, sin oponer demasiada resistencia, Kyle se entregó al placer del momento.

El resultado de la ecuación había sido cantado: nueve meses después, Kyle se había convertido en padre de una hermosa bebé, la luz de sus ojos y único consuelo que le había quedado de su locura juvenil, dado que con su accionar había perdido a Emily y cualquier posibilidad de una relación con ella.

—Te aseguro que de ese muchacho irresponsable ya no queda nada. La vida me obligó a crecer de golpe, a madurar.

—Me imagino que sí. Ser padre debe de ser un asunto muy serio —reconoció ella. Bebió su té, que había empezado a enfriarse, y se permitió un momento para observar a Kyle.

Ese hombre había sido el gran amor de su vida, y también el artífice de su mayor decepción. El único, a decir verdad, pues después de él,

Emily no se había permitido volver a enamorarse. En consecuencia, ninguna de sus relaciones posteriores había prosperado. Emily no había querido involucrarse demasiado con nadie, se había cerrado emocionalmente y no había querido hacer planes a futuro. Tampoco había esperado nada de esas parejas. Con el tiempo resolvió que estaba mejor sola, así nadie podría hierla jamás. Además, su carrera le demandaba todo su tiempo, y en la actualidad, escribir era lo único que la hacía sentir plena.

–Es difícil, no lo niego –respondió Kyle al comentario que Emily había hecho–. Aunque lo más duro fue al principio –sonrió con esas sonrisas que se esbozan cuando nos asalta un recuerdo–. No sabía qué hacer. Yo todavía era un muchacho y de pronto me encontré solo, criando a una niña.

Milly frunció el ceño.

–¿Solo? ¿Y la madre de tu hija? Claro que deduzco que hoy no están juntos, de lo contrario, imagino que no hubieses venido a buscarme –se apresuró a aclarar–. Pero en ese tiempo... Creí que vivían los tres juntos.

–Pauline permaneció en su casa familiar hasta el nacimiento de la niña, después, por sugerencia de nuestros padres, nos fuimos a vivir juntos –negó con la cabeza–. Fue el peor error. Esa relación había llevado impresa la palabra fracaso desde un principio. Pauline siempre fue una mujer independiente, demasiado como para atarse a un muchacho a quien no amaba y a una pequeña, aunque ella fuera su propia hija. La convivencia duró algunos meses, hasta que ella armó las maletas con sus cosas y se fue de la casa sin mirar atrás, y desapareció para siempre.

Con gesto de sorpresa, pues no podía creer lo que él acababa de contarle, Milly se enderezó en la silla.

–¡Kyle! ¿Pauline los dejó? ¿Abandonó a su hija?

–Así es. Bethany ni siquiera gateaba, así que imagina lo pequeña

que era –sonrió perdido en el recuerdo, después sus hombros se alzaron y descendieron acompañando un profundo suspiro que tenía por objeto quitar importancia a un asunto que ya estaba demasiado lejos en el tiempo. Alzó la vista para mirar a Emily a los ojos y le confesó–: Te juro que creí que no podría lograrlo. ¿Criar solo a una bebé cuando yo mismo aún no había cumplido veinte años?

–Pero lo hiciste, ¿verdad? –las palabras de ella habían sido una afirmación aunque al final había agregado la pregunta.

–Lo hice –respondió él con una enorme sonrisa de satisfacción–. Todavía no sé cómo, pero lo hice.

En honor a la gran amistad y al romance que ellos habían tenido, pero sobre todo al amor que se habían profesado, Emily sintió un inmenso orgullo por Kyle. Tanto, que la garganta se le anudó de emoción. Asintió y se sirvió otro poco de té que bebió antes de formular una nueva pregunta.

–Me intriga saber cómo hiciste para combinar tu papel de padre con tus estudios... Recuerdo que entre tus planes figuraba estudiar diseño gráfico y publicitario.

–Recuerdas bien, pero no, la verdad es que no pude seguir una carrera. En cuanto terminé la escuela, tuve que ponerme a trabajar. En eso mis padres fueron muy claros: la crianza de Bethany era responsabilidad mía.

–Claro... entiendo su postura.

–No puedo culparlos. Pero no creas que no me ayudaron, eh, porque fueron y son unos abuelos muy presentes. De hecho, me permitieron trabajar en el anticuario que en ese tiempo regentaba mi padre y del que ahora soy dueño, e hicieron dividir la casa a la mitad para que una parte fuera para Bethany y para mí, y la otra mitad para ellos. En fin... no puedo quejarme: al día de hoy tengo una tienda propia, un hogar que ya he terminado de pagar, y una hija quinceañera que, por cierto, es tu fan número uno –con su comentario humorístico

pretendió encubrir aquello que le faltaba: el amor de la mujer que estaba sentada frente a sí.

–¿Así fue como ese libro llegó a tus manos? –quiso saber la escritora.

–Así –confirmó él–. Bethany lo leía con tanto placer que no pude más que preguntarle acerca de esa lectura. No te imaginas lo que fue para mí escucharla leer en voz alta mi historia... nuestra historia, Milly. En un momento creí que el corazón me iba a explotar.

Emily bajó la vista, suspiró y poco después volvió a alzar los párpados para mantenerle a él la mirada. Mentiría si dijera que su presencia no la afectaba. Habían sido muchos años los que compartieron, lejanos en el tiempo, sí, pero que la marcaron profundamente para bien y para mal; que dejaron huellas en su alma y que tallaron gran parte de su carácter.

–No me sorprendió y me causó felicidad descubrir que te habías convertido en una escritora exitosa, ¡si ya desde pequeña tenías un gran talento para crear otros mundos! ¿Cómo olvidar que de niños me hablabas de personajes que vivían en tu cabeza, de hadas y duendes, de universos fantásticos...? De mayores ya no lo hiciste, aunque intuyo que tu poder creativo no se había disipado.

–Intuyes bien. Desde que tengo uso de razón, mi cabeza siempre fue un hervidero de historias imaginarias conviviendo con la realidad aunque no siempre me haya animado a compartirlas con los demás. Un poco de locos si lo piensas bien –bromeó.

–Una maravilla –aseguró él–. Tienes un don increíble, Milly. No sé si eres consciente de que con tus escritos, tienes el poder de movilizar emociones, de llegar al alma de la gente. Lo he sentido y también he visto con mis propios ojos ese efecto en mi hija.

Sin darse cuenta, en esa charla que ofició de catarsis y donde pudieron decir todo lo que había estado guardado en sus corazones durante tanto tiempo, ambos parecían haberse relajado. La conversación fluía de manera natural, igual que cuando habían

compartido cada día. Y es que media vida juntos no podía borrarse tan fácilmente.

–Es también una gran responsabilidad... Me conformo con entretener a mis lectores, por esa razón escribo fantasía.

–Escribes sobre el amor –la corrigió Kyle.

–Por eso mismo: escribo fantasía –retrucó ella desafiándolo con la mirada a que la contradijera.

Kyle prefirió pasar por alto el comentario. Era consciente de que la decepción que él le había causado podía ser la culpable de que Emily afirmara, con tanto convencimiento, que el amor era una fantasía. Se odió por ello y se juró que haría cuanto estuviera en sus manos para reparar el daño o al menos para compensarlo.

–Supe por tus redes sociales... Sí, admito que te estuve espiando –se apresuró a confesar avergonzado en cuanto vio que ella alzaba una ceja–, pero en ese momento no me pareció correcto enviarte solicitud de amistad o seguirte...

Emily soltó una carcajada.

–¿Y ahora lo harás?

–Solo si me lo permites –respondió con seriedad y gran corrección.

Milly no respondió, solo sonrió mientras negaba con la cabeza aunque no como negativa a que tuvieran contacto a través de las redes sociales.

–Ibas a decirme algo –lo alentó ella a continuar.

–Sí, claro. Te decía que al investigar tus redes –le guiñó un ojo para acompañar sus palabras y para mantener el clima de cierta complicidad que habían logrado–, supe que estás escribiendo una novela basada en la vida de tu abuela materna. Está bueno y me alegra que lo hagas. Tu abuela fue una buena mujer y su historia, por lo que alcanzo a recordar, debe ser muy rica.

–Esa novela se trata de mi proyecto más ambicioso. Mi abuela Malak, tal como lo dice el significado de su nombre árabe, era un

ángel, y para mí fue una gran influencia. Era tan dulce y tenía tanta sabiduría... Mi intención es rescatar las historias acerca de su pueblo, de sus costumbres y cultura, que supo contarme cuando yo era niña. No quiero que eso se pierda, es parte de mí también; son mis raíces.

–¡Claro, Milly, es maravilloso! Recuerdo a Malak con mucho cariño. Cada vez que la visitaba nos agasajaba con sus dulces... ¿Cómo se llamaban esos que nos gustaban tanto, los de pasta con sabor a almendras, bañados en miel y espolvoreados con semillas de sésamo?

Con nitidez asombrosa, Emily los vio a Kyle y a ella asaltar la bandeja plateada en la que su abuela Malak les servía la bollería y terminar con el rostro y los dedos pegoteados de miel. Sonrió con amplitud.

–*Chabbakia*, ese es el nombre de ese dulce. *Chebbakiya* si los mencionas en plural.

–¡*Chabbakia*, eso es! Recuerdo que tú también sabías hacerlos...

Emily asintió. Mientras vivió, su abuela siempre preparaba platos típicos, dulces y salados, y le había enseñado varias recetas y secretos de la gastronomía marroquí. Antes de morir, consciente de que su nieta a lo largo de su infancia y adolescencia había mostrado gran interés por la cocina y que además había resultado ser una muy buena cocinera, Malak le había legado un cuaderno en donde habían sido volcadas esas recetas ancestrales. Ella lo conservaba como uno de sus mayores tesoros.

–Creo que ya deberíamos ir pidiendo la cuenta –señaló la escritora. La hora había pasado volando y, por el movimiento de los empleados, resultaba evidente que la pastelería estaba a punto de cerrar.

–Tienes razón –ratificó Kyle con pesar al comprobar la hora; eran cerca de las seis. Hizo señas a una camarera, después volvió su atención a Emily–. ¿Podremos seguir viéndonos?

–Kyle...

–Milly, por favor. ¿Acaso ha sido tan malo para ti este encuentro?

–No es eso, Kyle –murmuró desviando la vista.

–¿Entonces?

Emily respiró profundamente antes de responder.

–Que la única forma de que acepte que sigamos viéndonos, es que estés de acuerdo con que no vamos a hacerlo con fines románticos. No quiero que te formes falsas expectativas.

–¿Seríamos amigos?

–Solo amigos –expuso con rotundidad.

–Acepto, Milly. No quiero perderte una vez más.

–¿Quieres darme tu número de teléfono y anotar el mío? –le preguntó ella, de pronto nerviosa. No lo admitiría jamás, pero un breve cosquilleo le recorrió el estómago ante la perspectiva de que ellos continuarían en contacto.

–¡Desde luego! –asintió él. Extrajo su celular del bolsillo delantero del pantalón y abrió la agenda para añadir un nuevo contacto. Bajo el nombre “Milly” y con una emoción burbujeante en el pecho, anotó los números que ella le dictó. Al terminar, alzó el rostro para mirarla a los ojos–. Gracias –le dijo con extrema humildad, sabía que al darle el teléfono de alguna manera estaba perdonándolo por el dolor que él le había causado en el pasado.

Ella no respondió, no pudo. La intensidad reflejada en la mirada de Kyle le había recordado emociones pasadas y, al mismo tiempo, generado nuevas. En estas últimas prefería no detenerse a pensar. Fingiendo tranquilidad, extrajo de su bolso una libreta llena de apuntes referidos a la investigación que estaba realizando. Abrió la cubierta colorida y buscó una hoja en blanco, donde anotó el número de teléfono de él para después pasarlo a su móvil. Mientras escribía las cuatro letras del nombre masculino, creyó que el pulso no le respondería con firmeza. En su interior, temblaba. Se apresuró por terminar y guardó todo de nuevo en su bolso.

Casi al mismo tiempo que Milly guardaba sus pertenencias, se acercó la camarera con la cuenta. Kyle abonó el monto completo y no dejó que Milly pagara por su consumición aunque ella insistió. Después se pusieron de pie y salieron a la acera.

–Te llamo en estos días –le dijo él para dejarle en claro su intención.

–De acuerdo –concedió ella–. Bueno... adiós.

–Adiós.

Se miraron una fracción de segundo. Luego Kyle se acercó y, entre titubeantes y algo torpes, se besaron en la mejilla. Al alejarse, lo hizo cada uno en una dirección diferente, aunque coincidiendo por un momento en sus pensamientos acerca de ese inocente beso que acababan de compartir.